

que el segundo y séptimo cuerpos se dispusiesen para pasar una revista. El mariscal Oudinot recibió esta orden con tanta sorpresa y admiración, que llamó mucho la atención de Napoleón; no era la primera vez que había notado más que cansancio por parte de los gefes del ejército. Verificóse la revista, las más vivas aclamaciones de los soldados probaron al Emperador la fidelidad de sus sentimientos, que visto su estado de infortunio, recibían una expresión más enérgica. Los gefes del ejército se habían vuelto palaciegos, pero los soldados habían permanecido tal cual eran, hombres de guerra; estos conservaban siempre la mayor adhesión por su capitán, que acababa de ilustrarlos en la posteridad más remota, por las campañas más brillantes de su vida; aquellos sabían que Napoleón había abdicado. Se ha dicho que conmovido Napoleón por el entusiasmo de sus tropas, que efectivamente ya no eran suyas, dijo al duque de Reggio: «Mariscal, » ¿puedo contar con vuestro cuerpo de ejército? — No, Señor, porque V. M. ha abdicado. — Si, pero bajo condición. — Verdad es, Señor, mas el soldado no entiende de » restricciones. — Pues bien, Mariscal; espe-

» remos noticias de París. » El mariscal tenía razón; pero Napoleón pudo responderle que el soldado no entendía de abdicaciones.

Después de la revista, acompañaron al Emperador á su habitación los mariscales Berthier, Ney, Lefebvre, Oudinot, Macdonald, los duques de Bassano y de Vicencio, y el general Bertrand, mayordomo de palacio. Napoleón suscitó repentinamente con entera libertad la conversación sobre los asuntos del día, y trató la cuestión grandiosa de los intereses de la Francia y del ejército, como si no hubiese tenido más parte en ellos que un ciudadano particular ó un militar. La extensión que dió á sus ideas, le condujo naturalmente á las de una justa defensa, y se complació en poner en paralelo las contingencias de la guerra con la ignominia de una paz que él suponía mortal para la Francia. Bien sabía que cuatro ejércitos estrechaban cada día más y más el campo de Fontainebleau; que un ejército ruso se hallaba entre Esona y París, y otro entre Montereau y Melun; que otros muchos cuerpos estaban en marcha por los caminos de Chartres y de Orleans, al paso que otras tropas venían á toda prisa por los de la Bor-

goña y la Champaña, y ocupaban el país entre el Yonnay el Loire. « Pero, por otra parte, » decía, los aliados tendrán que batirse, teniendo á Paris á su espalda. La inmensa población de la capital oirá nuestro cañon. La guardia nacional, el pueblo de los arrabales, compuesto en parte de los veteranos de la antigua gloria republicana y de la del imperio, se complacerán en arrostrar los peligras del ejército y harán temblar al enemigo. » Ninguna de las ventajas de semejante posición perdía de vista Napoleon. Contaba con el ejército del mariscal Soult, que se hallaba en Tolosa, con el del mariscal Suchet que estaba en Narbona, y debía reunirse al de Soult, con el del mariscal Augereau, que se encontraba en los Cevennes, en fin con el del príncipe Eugenio, y con el del general Maison, que estaba en Flandes; por último, con la multitud de guarniciones de nuestras plazas fronterizas. ¿Por qué, forzando las líneas enemigas, como tantas veces había hecho con aquellos valientes que le quedaban, no ir en busca de los ejércitos del Mediodía?... Cuando todavía podía combatir detrás del Loire, Napoleon fue de parecer que era pre-

ciso marchar allí sin perder ni un momento.

A este proyecto del Emperador, se le pusieron varias objeciones, entre ellas las inmensas tropas que ocupaban todas las avenidas de Fontainebleau, la gran distancia que separaba el ejército de los del Mediodía, el bloqueo que interrumpía todas las comunicaciones, y hasta el paso de los correos. « Un camino cerrado para los correos, dijo Napoleon, se abre bien pronto á cincuenta mil » hombres. » Entonces le hablaron de los males de la Francia amenazada de repente por los horrores de una guerra civil, de la cual él solo sería el autor y el objeto. Esta palabra de guerra civil tenía sobre él el poder de un talisman, y la resolución, que alimentó sin duda durante toda la noche en vela, se disipó en un instante como el humo. El ciudadano es superior, pero el guerrero debía volver á presentarse á la lid. « Pues bien, dijo con vehemencia, pues que hay que renunciar á defender por mas tiempo la Francia, ¿la Italia no es un retiro digno de mí? ¿Hay quien quiera seguirme todavía? Marchemos » hácia los Alpes. » El ejército, lleno de entusiasmo y deseoso de combatir, se hubiera de-

jado arrastrar por esta última determinacion, pero los corazones enervados de los grandes dignitarios militares querian descansar. En tales circunstancias, los soldados valen mas que los generales, lo mismo que en ciertas crisis el pueblo vale casi siempre mas que sus gefes. Napoleon terminó lo que entonces se llamó *la conferencia de los mariscales*, por declararles que se decidia á firmar la abdicacion absoluta. Sin embargo, se dijo, añadió que semejante determinacion no debia poner obstáculo alguno á las operaciones militares que podia haber proyectado, lo cual es improbable. Las conferencias con sus plenipotenciarios tuvieron lugar hasta tres veces en aquel mismo dia; Napoleon discutió vivamente la fórmula de la abdicacion absoluta, y por último se redactó en la forma siguiente:

« Habiendo declarado las potencias aliadas
 » que Napoleon era el único obstáculo que se
 » oponia al restablecimiento de la paz en Eu-
 » ropa, fiel á su juramento el emperador Na-
 » poleon declara que renuncia, para él y sus
 » herederos, á las coronas de Francia y de Ita-
 » lia, y que no hay sacrificio personal alguno,
 » hasta el de la vida, que no esté pronto á hacer

» en favor de los intereses de la Francia. Fon-
 » tainebleau, 11 de abril de 1814.»

Los plenipotenciarios llegaron á Paris al palacio del emperador Alejandro á las dos de la mañana. *¿Traeis la abdicacion?* les dijo aquel príncipe al verlos entrar, tanto era el deseo que tenia de verse libre de todo lo que correspondia al atrevido destructor del Kremlin. El duque de Vicencio leyó á Alejandro el acta de abdicacion, de la cual pidió el Emperador una copia en aquel mismo instante, á fin de tranquilizar en la misma noche al gobierno provisional, á quien la fantasma de Napoleon armado habia turbado el sueño.

Ademas de la negociacion relativa á la abdicacion absoluta, á la eleccion de un principado para Napoleon y á las medidas relativas á la familia imperial, debian tratar tambien los plenipotenciarios franceses de un armisticio, á fin de poner un término á las agitaciones del ejército y á la inquietud de la Francia invadida.

La publicidad que se dió á este armisticio no produjo el efecto que se habian propuesto, respecto al soldado, el cual persistió noblemente hasta el fin, á no creerse ageno de la

suerte de su general, y de la fortuna de Napoleon. El soldado no habia hecho la menor atencion respecto al destronamiento, ni á la abolicion de su juramento de fidelidad; ni tampoco comprendia el interes de un armisticio, cuando solo esperaba una señal de Napoleon para volver á empezar la guerra; empero, en las clases mas elevadas del ejército se pensaba de otro modo. Los principales tenientes de Napoleon abandonaban sus banderas como su palacio; y Fontainebleau, poblado en otro tiempo de una corte de príncipes y de reyes, dichosos de ocupar un lugar en medio de la muchedumbre de los compañeros de armas del Emperador, se iba convirtiendo de hora en hora en un desierto. Berthier fue uno de los primeros que dió el ejemplo de un abandono tan bajo; por lo demas, el alma de Berthier era comun y débil, y Napoleon deberia haberla conocido hacia mucho tiempo. Los hombres nacidos para obedecer ciegamente, como el mayor general, han abdicado de antemano, con la libertad de su persona y de su pensamiento, toda especie de valor moral y de adhesion generosa. Sin embargo, se encontraron héroes al lado de los ingratos que

se manifestaban tan impacientes de alejarse de un gran hombre caido en la adversidad.

Ya queda dicho que en una conversacion entre el duque de Vicencio y el emperador Alejandro, hablando este soberano de la residencia futura de Napoleon, habia insistido por la isla del Elba. Los plenipotenciarios se prevalecieron con mucha destreza de esta primera abertura como de un empeño, para lograr que la isla de Elba se concediese á Napoleon como soberanía independiente. Por fortuna que este empeño habia precedido á la defeccion de Marmont; porque los aliados, sugeridos por los agentes de la restauracion sobre el peligro de semejante vecindad para la Francia, ya no querian dar la isla de Elba; pues bien echaban de ver que aquella isla era un puerto sobre la Francia.

Entretanto, mientras que Napoleon, vendido, mas no vencido, trataba todavía como soberano, el mariscal Soult, despues de la batalla de Orthez, dada el 27 de febrero, y seguida de la gloriosa retirada de su pequeño ejército, á la vista de las fuerzas considerables de los Ingleses, habia llegado el 24 de marzo á la ciudad de Tolosa, y, en quince dias, ha-

bia formado un campo atrincherado de la capital del Languedoc. Quince días habian parecido tambien necesarios al circunspecto Wellington para decidirse á atacar con sus ochentamilsoldados viejos á los treinta mil Franceses de Soult. El 10 á las seis de la mañana, se empeñó la accion en rededor del inmenso circuito fortificado por el mariscal á vista del enemigo. Wellington fue rechazado desde luego por todas partes. Los Españoles y Portugueses lo fueron igualmente con mucha pérdida, no pudiendo conseguir el rehacerse sino con mucho trabajo, protegidos por la caballería inglesa. Beresford, á quien Wellington habia hecho venir de Burdeos, habiendo recibido la órden de apoderarse de los atrincheramientos del Calvinet, tuvo por mas conveniente y prudente, vista la derrota de los Españoles, flanquear la posicion que atacarla de frente. El duque de Dalmacia habia tomado las disposiciones más acertadas para que el proyecto de Beresford se malograra enteramente, y hasta para separarle del ejército anglo-español. Por desgracia, las maniobras ordenadas por el mariscal se ejecutaron mal; y habiéndose introducido en nuestras filas el

desórden y la confusion, dieron lugar al enemigo á que atacase el primero. Los Franceses tuvieron que replegarse; el combate se reanimó con nuevo furor; nuestros soldados hicieron cuanto era dable para tomar la superioridad, ¿pero de que servia la osadía y el valor mas intrépido contra aquella masa de invasores? Fue pues preciso ceder al número, y los Ingleses se apoderaron del Calvinet. Solo la noche terminó aquella batalla, en la que únicamente un reducto y un cañon cayeron en poder de los Ingleses y en la que un solo momento de perplegidad, causada por la muerte de un general, que se extravió con su columna, fue causa de que los Franceses no quedasen victoriosos. El mariscal perdió tres mil seiscientos hombres muertos ó heridos, Wellington diez y ocho mil! El dia siguiente, engañando todavía la vigilancia de Wellington, á quien la necesidad obligó á abandonar á Tolosa, se puso Soult en marcha por el departamento del Aude, para conducir á Napoleon uno de sus mejores ejércitos. Ignoraba que la batalla de Tolosa se habia dado, á pesar de haber un armisticio; en el camino lo supo el 12, por Wellington, el cual le envió

la copia de la convencion concluida en Paris para la suspension de armas; de manera que la heróica resistencia de nuestro ejército solo fue un sacrificio inútil á la Francia. Durante la negociacion de Paris, pesaroso siempre Napoleon de haber dado su última abdicacion, mandó escribir, y escribió él mismo al duque de Vicencio, para que se la devolviese. Aquel ministro respondió que siendo el acta de abdicacion la base de la negociacion, no podia hacerse responsable de los inconvenientes graves que resultarían para los intereses de S. M., del partido que habia tomado de faltar á sus empeños.

En el instante mismo en que se publicaba en Paris el acta de abdicacion absoluta, y la adhesion del ejército á la restauracion, se anunciaba tambien la llegada de MONSIEUR, hermano del Rey. Este príncipe debia hacer su entrada solemne el dia siguiente. Napoleon no ignoraba todas estas circunstancias, ni ninguno de los nuevos riesgos que le rodeaban; pero, inflexible en su voluntad como en tiempo de sus prosperidades, ni teniendo mas que ella para apoyarse, ni reconociendo otra cosa sino ella para su destino, persistió todo el dia

12 de abril, en negarse á ratificar el tratado firmado la víspera en Paris con las potencias extranjeras. Habíase entregado la abdicacion al gobierno provisional en cambio de su aceptacion del tratado. Nada parecia dar prisa á Napoleon para decidirse, y como se hallaba dominado interiormente por otras impresiones, parecia igualmente indiferente á la dene-gacion ó aceptacion de las ratificaciones. En aquel mismo dia, habia discutido friamente, y durante muchas horas, con el duque de Basano, la cuestion del suicidio, y aun cuando terminó por decidirla negativamente, habia parecido que le habia hecho tanta impresion, que se trató de apartar de él todos los medios que hubieran podido favorecer una tentativa funesta.

Napoleon se hallaba en aquella disposicion moral, cuando llegaron los duques de Vicencio y de Tarento á Fontainebleau, y le entregaron el tratado. Tambien les acompañaba un plenipotenciario ruso, encargado del cange de las ratificaciones. La secretaria de Estado trabajó toda la noche en el despacho de los negocios. El plenipotenciario ruso se presentó con nuevas dificultades que herian el honor de

Napoleon. Las pretensiones de que se valió para tener una orden del Emperador relativa á los aliados, indignaron á Napoleon y en su consecuencia hubo debates muy animados sobre ello en el alojamiento del príncipe de Neuchâtel. El Emperador se negó á condescender con la demanda incidental del enemigo; puesto que no habian querido tratar con él por la Francia, era muy extraño el solicitar de él que diese las órdenes para la entrega de las fortalezas. Napoleon pasó una parte de la noche con el duque de Vicencio, y se retiró á las once.

Entonces se ignoró, pero despues se ha sabido que Napoleon llevaba siempre consigo, durante la retirada de Moscú, un veneno inventado por Cabanis para libertar á sus amigos de los suplicios en tiempo del terror. Una vez prisionero de Alejandro, se acordó del veneno; pero su fuerte constitucion física triunfó de él despues de una larga agonía. « La muerte no puede conmigo, » dijo entonces Napoleon. Sin embargo, habia sido tan violenta la crisis, que fue imposible al Emperador el levantarse antes de las once para despachar al mariscal Macdonald. Su cara estaba desen-

cajada, sus ojos hundidos en sus orbitas, su semblante amoratado, y sus miembros despedazados. Por último, su alma tomó de repente toda su superioridad sobre tantos infortunios. En vano trató de morir, pues que el éxito engañó su última voluntad, y no teniendo ya recurso alguno que oponer á su destino, firmó las ratificaciones y despidió en seguida al mariscal Macdonald, despues de haberle regalado un sable en reconocimiento de su fidelidad. « Siento mucho, le dijo Napoleon, no poder daros mas, en testimonio de mi estimacion. » Efectivamente, Napoleon se complacia en llamar al mariscal Macdonald *un hombre de honor*.

Por el tratado firmado el 11 en Paris y el 13 en Fontainebleau, el emperador Napoleon, la Emperatriz y todos los individuos de la familia imperial conservaron sus títulos y calidades. Se concedió á Napoleon la isla de Elba en toda soberanía, con dos millones de pesetas de renta, de los cuales uno reversible á la Emperatriz, y á cargo de la Francia. Dióse en toda propiedad á la Emperatriz, los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, los cuales debian pasar á su hijo, tomando desde luego